



NUM. 45. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 6 DE NOVIEMBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.

¿qué gentío, qué confusión, qué multitud de personas vimos el martes por la tarde en los cementerios! ¡qué de luces, de coronas y de lacayos de gala! ¡qué de puestos de castañas y de rosquillas para los vivos, mientras los ministros del altar, revestidos de sus

sobrepellices y bonete en mano, recitaban las plegarias de los muertos! Reinó en todas partes, así en los cementerios como en los puestos de rosquillas y en las tiendas de buñuelos, un orden admirable: no quedó un responso sin satisfacción, ni un buñuelo sin paga, ni una castaña que pudiera llamarse ilegalmente comida. Ya Sancho Panza dijo en su tiempo: *el muerto á la hoya y el vivo á la hogaza*, y era porque había observado que de época inmemorial, las lágrimas y el dolor enflaquecen el estómago y hay que acudir á reponer sus fuerzas para poder llorar y condolerse mas y mas. Antiguamente desde la edad mas remota, despues que los parientes y amigos del difunto le hacian las exequias acostumbradas en cada pueblo, bien enterrando, bien quemando su cadáver, bien embalsamándolo, celebraban el banquete funerario y no se retiraban á casa sino despues de haber comido y bebido una cantidad bastante á reponer con usura lo que habían llorado. Esta costumbre se conserva aun entre nosotros, y así es que las buñolerías reciben por la noche tantas visitas á lo menos como han recibido por la tarde los muertos. Otro antiguo refran español dice: «los duelos con pan son menos»: y quien dice pan dice

buñuelos ó rosquillas, porque en suma, la base de todo es la harina. Nosotros encontramos muy prudente que se trate de mitigar así el dolor de estos dias, porque de otro modo el mundo concluiría pronto; y bajo este aspecto, las buñolerías y tiendas de bollos nos parecen y son en la época presente unos establecimientos filantrópicos que desempeñan una mision benéfica y saludable, y deberian por consiguiente depender de la direccion general de beneficencia y sanidad.

En medio del dolor y de los buñuelos de estos dias se ha lanzado á la arena de la discusion un real decreto que algunos han calificado de circular, pero que realmente no lo es, porque va dirigido á una sola persona para que con instrucciones especiales lo comunique á otras. Esa sola persona es el director de instruccion pública y el real decreto versa sobre esta importante materia. Dícese en él que los catedráticos y maestros no deben profesar ideas distintas de las admitidas oficialmente en España, ni menos permitirse esponerlas fuera de la cátedra, ni mucho menos sostenerlas dentro de ella.

Segun parece, estamos en el mejor de los mundos posibles y en la posesion de la verdad en todos terrenos. Así deben de creerlo los autores del documento de que se trata y es natural que lo crean, porque cada cual habla de la feria segun le va en ella. Cuando nosotros hemos viajado en coches de primera clase, con buena compañía, y las mayores comodidades posibles, hemos creído que la invencion de los ferro-carriles era inmejorable; pero una vez nos vimos obligados á venir á Madrid en un coche de mercancías entre cestas de tomates, y entonces dimos al diablo la invencion. Ahora bien, los autores del real decreto viajan en primera, y los que lo discuten se encuentran relegados entre cestas de tomates.

Estando en el mejor de los mundos posibles, todo lo que se aparte de las ideas oficiales es error ó maldad y debe castigarse. Esta doctrina no es nueva: desde el principio de los tiempos históricos la hallamos en la India. Los brahmanes la establecieron, prescribiendo lo que se habia de creer, lo que se habia de decir y lo que se habia de hacer en todos los casos y circunstancias de la vida, el puesto que cada uno habia de ocupar, y del cual jamás debia salir, la clase á que habia de pertenecer y el círculo en que habia de moverse. La casta sacerdotal de los brahmanes dirigia las conciencias y la alta política; la de los chatrias ó guerreros tenia á su cargo el gobierno y la política menuda; los vaisias, co-

merciantes ó agricultores, pagaban las contribuciones civiles y eclesiásticas, y los sudras servian á los demás, mientras los parias y los chandalas eran la gente impura y soez, cuyo contacto manchaba, y estaba prohibida la menor comunicacion con ellos. Contra esta organizacion nadie podia levantarse, y hasta el pensamiento de modificarla era delito. Así, cuando Budda proclamó la igualdad de condiciones, los brahmanes y los chatrias le movieron una guerra sangrienta y le obligaron á refugiarse en las montañas del Tibet.

Los griegos creian tambien que el mundo en que vivian era inmejorable, y Aristóteles defendió elocuentemente la esclavitud: y si no apoyó sus argumentos en la ley de Moisés y en el Evangelio, era porque no conocia la primera ni se habia predicado aun el segundo. Si en esta época hubiese vivido y hubiese nacido en la América del Norte (Estados del Sur), habria publicado alguna obra como las que hoy publican los escritores de los Estados confederados, citando pasajes de la Biblia en apoyo de la proposicion de que la esclavitud es de derecho divino. Sin embargo, no pudiendo prever este argumento, usó otro muy ingenioso, que fue decir: si no hubiera esclavos ¿quién nos serviría? Por lo demás, los griegos no permitian que se enseñasen máximas distintas de las oficiales, y por eso condenaron á Sócrates, catedrático recalcitrante, á beber la cicuta.

Los romanos, sabido es que adoptaron esta doctrina hasta el punto de decir: nosotros somos libres y todo el resto del mundo es esclavo y está destinado á servirnos: y con esto se creian en el estado social mas perfecto, tanto que el que no era romano era un bárbaro: y pobre del que llegó á pensar y decir otra cosa! Vino Jesucristo, proclamó su doctrina, y entre unos y otros le crucificaron para ejemplo de innovadores. Los discípulos y confesores de Jesucristo no tuvieron mejor suerte. El imperio romano no queria que se enseñase mas doctrina que la suya.

Vinieron despues aquellos mismos bárbaros y en los países romanos volvieron la tortilla del revés y dijeron: nosotros somos libres, vosotros los romanos ó romanizados sois siervos: nosotros somos nobles y amos, vosotros plebe y criados; y no hay que variar nada en esta organizacion, porque no puede haber cosa mejor. En efecto, así duraron las cosas en nuestra patria hasta que los árabes entraron en ella alzando el estandarte de la media luna y clamando: no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.

Quando los árabes llegaron á España, ya Omar, uno de sus antiguos generales, habia dicho una cosa muy importante que se refiere á la instruccion pública, y sobre todo á la unidad de los libros de testo. Acababa de tomar á Alejandría, y hallándose en presencia de la gran biblioteca que contenia todos los tesoros de la ciencia antigua, dijo: ó esos libros declaran lo mismo que está escrito en el Coran, ó no: si lo declaran, son absolutamente inútiles y deben quemarse; si no lo declaran, son perjudiciales, y por ende deben ser condenados al fuego. En todo caso, bueno es que sirvan para calentar los baños: y en efecto, pasaron al almacén de combustibles y quedó resuelto que el Coran sería en adelante el único libro del mundo.

Luego que los españoles espulsaron á los árabes, despues de siete siglos de luclia, se presentó Colon, un pobre hombre que dijo que podia navegarse hácia los antípodas y volver. Esto pugnaba con las ideas admitidas y oficiales: se llevó su proposicion á una junta de teólogos y la declararon falsa á todas luces y loco por lo menos á su autor, ya que no hereje. Segun los teólogos, la ida hácia los antipodas era posible, aunque dificultísima, pero la vuelta imposible de todo punto. Asi es que Colon estuvo muchos años mendigando el sustento, hasta que con una suscripcion que hizo como ahora Monturiol y con unas joyas que le dió la reina, armó unos barcos y se marchó allá y descubrió un nuevo mundo.

Despues tuvimos la Inquisicion, y no hay que decir si los señores inquisidores consintieron que se pensara ó dijese nada en contrario de lo que ellos pensaban ó decian. El mismo confesor del rey Carlos II, fray Froilan Diaz, estuvo muy espuesto á ser quemado por haber querido sacar al rey los diablos del cuerpo, mediante la intercesion de las monjas de Cangas y del exorcista fray Mauro Tenda, hombre alto, corpulento, cejijunto, y famoso por el dominio que ejercia sobre los espíritus.

Ultimamente y en nuestro siglo, los ministros de Fernando VII, temiendo que en las cátedras se propagasen malas doctrinas, aconsejaron al monarca que cerrase las universidades, como en efecto se cerraron, cortándose asi con una medida radical la produccion de los graves abusos que se temian. Es verdad que entonces las universidades y colegios públicos de enseñanza costaban dinero al real Erario, y esta medida tuvo por tanto la ventaja de realizar una economia en los gastos. Pero hoy la instruccion pública es una renta del Estado; y como no estamos para privarnos de nuestras rentas, de aquí que no sea tan fácil adoptar el medio radical del tiempo de Fernando VII.

No pudiéndose tomar este temperamento, el real decreto sobre instruccion pública ha venido á procurar el remedio en lo posible, siguiendo las tradiciones, que como hemos visto han dejado desde el principio del mundo los indios, los griegos, los romanos, los bárbaros, los árabes, los teólogos, los inquisidores, los monarcas mas piadosos, etc., etc., y de creer es que los resultados sean los mismos que se han obtenido en todas partes.

Hemos tenido de bueno en esta semana que no se ha hablado de ningun choque ni descarrilamiento en los convoyes de las diversas líneas férreas. ¡Loado sea Dios! El gobierno ha dictado una circular encargando la mayor vigilancia sobre este punto, y esperamos que produzca sus efectos.

La crisis metálica y económica dicen que está muy á punto de terminar, habiendo encontrado dinero el señor ministro de Hacienda para sacar al Tesoro de sus apuros momentáneos, interin presenta á las Cortes, que se elegirán en este mes y se reunirán en el que viene, las medidas rentísticas que juzga mas á propósito para establecer un constante equilibrio entre las obligaciones y los ingresos. Con esto han mejorado los valores públicos, y se cree que las sociedades que han suspendido los pagos podrán continuar sus operaciones y reponearse, obteniendo un plazo de sus acreedores. Mucho celebraremos que estos buenos anuncios y esta creencia se confirmen.

Los teatros nada han presentado de notable esta semana. Una pieza nueva que se ha estrenado en Variedades ha hecho tambien fiasco. La silba del teatro Real fue á modo de una circular, pues que se ha comunicado á los demás coliseos. El jueves se verificó en el de la Zarzuela la funcion destinada al socorro de los pobres y dispuesta por la junta de damas encargada de este caritativo objeto. La concurrencia fue grande y escogida, y el desempeño de las zarzuelas esmerado.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DE LAS VARIIDADES

DE LA ESPECIE HUMANA.

Puede decirse desde luego que el mundo, en lo que se refiere á él, es quien hace al hombre, porque el mundo, como revelacion del poder de Dios, es un maestro perpetuo que guía al hombre á la plena posesion de lo que es capaz de poseer. El hombre, tanto

física como moralmente, se halla formado, por lo menos hasta un grado muy notable por ciertas influencias que nosotros desconocemos y que unos han atribuido al clima, otros al alimento, etc., sin que hasta el dia sepamos en realidad cuáles son. El estudio de estas influencias del mundo en que vive ha dado lugar á muchas especulaciones tan curiosas como interesantes. ¿Por qué por ejemplo, el negro, es tan negro como el carbon? En la realidad nadie lo sabe. Foizzac atribuye su color á la cantidad de carbónico que domina en sus alimentos vegetales; pero en el aceite de ballena hay una cantidad igual de carbónico, y sin embargo, los esquimales que le usan no son negros. Berthold atribuye el color oscuro de los habitantes de los países muy cálidos al exceso de carbónico que fue depositado debajo de su piel, porque la actividad del hígado es muy grande, al paso que la de los pulmones no lo es tanto; es tambien carbónico, de modo que, segun estas teorías, somos morenos ó negros por una especie de formacion carbónica. Sin embargo, la diferencia en el color no se la debemos á la mayor ó menor elevacion de la temperatura ordinaria del país en que hemos nacido. Los pueblos mas negros no se hallan bajo el ecuador; los mas negros de todos los habitantes de la Polinesia, están en las islas de los Volcanes y los mas claros de color en las de Coral. Los habitantes de la tierra de Van-Diemen son de color mas oscuro que los de la Nueva-Holanda, que viven mas cerca del ecuador. Hay tribus muy negras en la costa oriental y occidental de Africa é internándose á distancia de algunos centenares de millas, hay otras mas claras de color; el mar no influye nada en esto, porque en la parte central del Africa, bajo la misma línea equinoccial, los habitantes son completamente negros. La raza, no el clima, es lo que determina el color. La luz ejerce sobre la piel blanca cierta influencia limitada y transitoria. Si á un niño, cuya piel sea hermosa, se le saca de una ciudad para llevarle á orillas del mar, su rostro se curtirá en un solo dia y en un mes adquirirá un color que no tenia, debido á la influencia constante de la mucha luz y al estímulo de las frescas brisas que vivifican la circulacion en la superficie. Si el niño vuelve á la ciudad, donde su rostro está menos espuesto á los rayos del sol y á la influencia de la atmósfera, y donde no hay ya ningun estímulo especial para atraer la sangre á la piel, su rostro adquiere de nuevo su anterior hermosura y delicadeza, y todo el resto de la influencia del sol y del aire se desvanecerá á menos que no queden algunas manchas encarnadas que á veces son persistentes. Se ha dicho tambien que estas manchas, á las que los cútis mas delicados se hallan mas espuestos, son depósitos de gases de la sangre, lo cual era otra teoría del carbónico, y los físicos antiguos las consideraban como la parte oleaginosa ó biliosa de la sangre que quedaba despues de la evaporacion de la parte mas acuosa. En realidad, á pesar de ser tan comunes é insignificantes, son aun un misterio. En general desaparecen en el verano, lo que se atribuye á los remedios empíricos que suelen aplicarse y que no tienen influencia alguna en su desaparicion.

Estas influencias transitorias, exageradas ordinariamente como indicios de variacion en la salud general del cuerpo, no tienen relacion alguna con los colores de las diferentes razas humanas. Los españoles que habitan en el Sur de América, y cuyas familias no se han mezclado por casamiento con los indios, formando la raza llamada mestizos, son aun españoles por las facciones y por el color. Los que habitan mas cerca del ecuador, en el ardiente y húmedo Guayaquil, son todavía mas claros de color que nosotros en nuestra patria, y entre ellos se ven con frecuencia mujeres de ojos azules y de cabellos rubios. En Chile tambien los españoles son blancos y de un color mas vivo que el nuestro. Los mejicanos son mucho mas morenos que los aborígenes de los países mas cálidos de la América Meridional y los guineas son de color mucho mas claro que los indios que están á su alrededor. Ojos azules, hermosa tez y barba roja, son los rasgos característicos de una raza particular que habita entre los pueblos del Africa Septentrional. Buckhardt reconoció entre los rubios á los descendientes de los soldados bosniacos que habia enviado el sultan Selim y que se establecieron allí entonces. En las plantaciones, en una region donde la raza ya estinguída de los aborígenes, era de un color como de chocolate y donde los que ahora poseen el país son blancos, las generaciones de los trabajadores negros continúan siendo tan negras como lo eran sus antepasados en Africa.

En una estension considerable, el cuerpo se adapta por sí mismo á las exigencias de cada clima. Volney decia que el clima determina la fisonomia hasta el punto de ver en los negros un rostro formado bajo la influencia de la luz del sol y del calor, con las cejas que sobresalen, los párpados medio cerrados, los pómulos salientes y las mandíbulas muy pronunciadas, mientras que otro escritor, Mr. Stanhope Smith, partiendo del mismo principio, dice que el rostro ancho, corto y de facciones rudas de los tártaros, se debe al frio, que hace que sus pómulos sean salientes, que contrae sus cejas y sus párpados y que los obliga á tener cerrada la boca cuanto les sea posible. Es cierto que el natural del Perú que vive en alturas que se hallan de 7,000 á 15,000 pies sobre el nivel del mar, llega necesariamente á ser mas ancho de pecho por el desarrollo mayor de los pulmo-

nes. La sangre necesita tomar de la atmósfera una cierta cantidad de oxígeno y se requiere un espacio mas estenso para tomarle en un volúmen suficiente cuando el aire está mas rarificado. No hay duda alguna de que la luz y el calor influyen hasta cierto punto, tanto en el desarrollo de los hombres como en el de las plantas. Se considera como un hecho, que no solo los peruanos, sino en general los pueblos de los climas mas fríos, tienen la cabeza mayor que los que viven en los países cálidos; pero respecto al efecto de la luz y del calor sobre la estatura, se han hecho deducciones tan contrarias, que hay muchos motivos para dudar de él. Zimmermann sostiene por el ejemplo que ofrece la estatura de los patagones y la de los antiguos germanos, que la estatura mas alta pertenece á las regiones mas frías de la zona templada, mientras que Blumenbach cree que se van encontrando hombres mas altos á medida que se avanza hácia los trópicos. No hay nada de cierto en ninguna de las dos opiniones; los hombres de poca estatura de la Tierra del Fuego, viven al lado de los hombres altos de la Patagonia y los hombres pequeños de la Laponia viven muy cerca de los finlandeses y suecos que son muy altos. En materia de estatura como en color, el origen ejerce una influencia mucho mayor que el clima. Entre los animales se ve que hay algunos que se hacen mayores en los climas cálidos y otros en los países fríos.

El clima, sin embargo, parece influir poderosamente en la vida, tanto de los hombres y de los animales como en las plantas. Los niños de los negros corren mucho antes que los de los europeos. Los de los naturales de Nukahiva nadan por sí solos cuando apenas cuentan un año. En Tahiti es muy frecuente que naden antes de que puedan correr. La precocidad de los zurumatas en la Guinea se encuentra tambien entre los criollos blancos de las Indias Occidentales y en los niños de los naturales del Brasil. Un viajero digno de crédito cita el ejemplo de una negra que tenia, viviendo ella todavía, doscientos descendientes y se dice que entre los negros no es nada extraordinario el tener cien nietos; pero esta precocidad no se debe solo á la influencia del clima. Las jóvenes judías en la Europa Central se desarrollan y envejecen mucho mas pronto que las de la nacion en que viven.

La influencia del clima se hace sentir de un modo que no puede demostrarse en la raza europea establecida en América desde algunas generaciones antes. Los anglo-americanos comparados con los ingleses, son delgados, aunque se hacen gruesos despues de una larga permanencia en Europa. Los naturales de la Virginia, escepto los del Oeste, son altos, delgados y esbeltos, porque el efecto del clima americano es mas violento en los países del centro y del Sur que en los del Norte, y mas aun entre las clases trabajadoras que habitan cerca del mar. Los naturales de la Nueva-Inglaterra, de la misma raza que los de la Virginia, son mas bajos y en general de rostro redondo. El cabello rizado de los europeos se hace duro y ralo en América, y llega á ser mas áspero y mas grueso á cada generacion.

Se ha dicho tambien que la vaca y el carnero de los Estados-Unidos indican, por su falta de buen sabor, comparados con los de Europa, la influencia menos favorable de aquel clima sobre la vida animal.

En la Nueva Gales del Sur, la influencia del clima tiende á hacer altos y delgados á los hijos de los europeos, mientras que en el cabo de Buena Esperanza hay entre los colonos europeos una tendencia á ser gruesos.

Winterbotton asegura que á las personas delgadas, cuyo color es oscuro, se las aclara éste cuando engruesan, lo cual es un hecho que vemos con frecuencia. Como quiera que sea, no hay duda alguna de que la apariencia y el carácter de todo ser viviente sufrirá la influencia del alimento que toma y de la cantidad de él. Cuando hace muchos años los irlandeses de Ulster y del Sur de Down, fueron echados á los bosques por los ingleses, la escasez de su alimento en las selvas, les hizo variar tanto, que en una época posterior, se encontró que no tenían mas que cinco pies y dos pulgadas de alto, que eran de vientre abultado, con las piernas torcidas y los dientes salientes. Del mismo modo los salvajes bosjes son hotentotes echados por sus enemigos á un país estéril y obligados á vivir en él. Cuando les falta la caza, comen raíces, hormigas, langostas, culebras y lagartos; pero los que viven cerca del río Zuga y no sufren escasez, en vez de ser brutales y de mal aspecto, son robustos y bien formados. Los habitantes miserables y de corta estatura de la Tierra del Fuego, cuya costa cubierta de rocas impide el libre ejercicio de sus piernas por ella, pasan la mayor parte de su vida en chozas ó barcos y tienen las piernas torcidas y delgadas por falta de movimiento; además, como padecen mucha hambre y frio, son de corta inteligencia y pequeños, aun cuando parecen ser de la misma raza que sus vecinos los robustos araucanos. En Australia tambien los tipos inferiores de la especie humana se hallan en una region que carece de agua y de animales salvajes, donde el hombre se alimenta de un modo miserable. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que lo que en unos puntos es un alimento bueno, puede ser muy malo en otros. Los trabajadores en Inglaterra viven bien tomando en un dia frio y húmedo de invierno, un pedazo de carne de vaca y una gran cantidad de cerveza fuerte;

mientras que los de Benguela, en Africa, mantienen todo su vigor con un puñado de harina de manioc, y los negros krumanes, se conservan fuertes y robustos, llevando grandes cargas, aunque no se alimentan mas que de vegetales y principalmente de arroz. Los ingleses y otros habitantes del Norte no se encuentran tan bien en los climas tropicales como nosotros ó los italianos, porque desprecian las hortalizas y persisten en comer carnes y hacer uso de los licores espirituosos. Los buriates y otras tribus nómadas de la Siberia son de corta estatura y débiles, porque se mantienen únicamente de carnes, al paso que los insulares del mar del Sur, que viven de pescados y vegetales, son en su mayor parte inteligentes y guerreros; pero como regla general, tal vez á causa de las ventajas del ejercicio corporal en la vida de los cazadores, las tribus que viven de la pesca, tienen menos estatura y menos inteligencia que las que viven principalmente de la caza. Esto se echa de ver de un modo muy marcado en los indios de una misma raza que viven al Este y al Oeste de las Montañas Roquizas en América. En general el sistema de alimentación de las clases trabajadoras en Francia, es tanto por costumbre tradicional, como por falta de medios, menos nutritivo de lo que debiera ser y desde 1789 en que la talla para los soldados de infantería era de cinco pies y una pulgada, y para la caballería de cinco pies y tres pulgadas, ha sido necesario rebajarla tres veces distintas para poder llenar el cupo de los soldados que se necesitaban.

En los puntos donde los hombres viven sencillamente como animales de un orden mas elevado, los individuos de una tribu se parecen unos á otros como los animales mismos. Entre las naciones bárbaras, dice Humboldt, se encuentra una fisonomía de tribu mas bien que de individuo. Asi sabemos que los tratantes en esclavos en el alto Egipto, no preguntan nunca el carácter individual de un esclavo, y únicamente se informan del punto en donde ha nacido, porque su carácter es el de su tribu. Varios escritores afirman que el negro civilizado, no teniendo en sus venas mezcla de sangre de raza blanca, adquiere algo de la fisonomía de los europeos, y que en una ó dos generaciones hay un cambio perceptible en la forma de su cráneo, de su nariz y de sus labios. La civilización ha modificado mucho el tipo germánico; la estatura elevada, el cabello rubio ó rojo, los ojos azules y el color claro, no son ya los caracteres distintivos de los alemanes. En Inglaterra, á principios del siglo XV, los ojos y el cabello negro eran poco comunes, y los pómulos muy pronunciados, eran tan propios del Norte como del Sur. Cualquiera galería de retratos antiguos hará ver que tres siglos han hecho mucho en los países civilizados, para suavizar y modificar los contornos característicos de las facciones. En el cráneo de un escocés antiguo habia menos espacio para el cerebro que en el de uno moderno.

En las personas cuya facultad de pensar no se ejercita mucho, el poder del estómago para soportar grandes ayunos y para digerir el alimento de varios días en pocas horas, se desarrolla con frecuencia hasta un grado prodigioso. Los conductores de camellos entre el Cairo y Suez no toman nada durante las treinta horas de la jornada; pero el árabe, que se alimenta con un puñado de dátiles, se jacta á veces de poder comerse una oveja en una sola comida. El beduino, cuando atraviesa el desierto, toma como alimento diario dos tragos de agua y dos pedazos de harina amasada y cocida con leche; pero cuando no está de viaje puede comer y digerir tanto como bastaria para satisfacer á seis europeos. Un natural de la Australia toma diariamente nueve libras de carne cocida, un guaraní se comerá una ternera en pocas horas. Un groenlandés robusto come cada día, por espacio de algunos meses, diez ó doce libras de alimento con mucha galleta; por el contrario, un arrowake vivirá en el campo tres semanas ó un mes con diez libras de pan de casave. Por regla general la facultad de comer muy poco se halla unida con la de digerir bien; poned á un bushmano, que ha vivido quince días con sal y agua, delante de una gran comida europea para doce, y lo comerá todo; carne, pan, hortalizas, postres, etc., lo digerirá y se convertirá en carne en él; porque un bushmano ó un café, despues de algunos días de un alimento tal, aumenta considerablemente en volumen, mostrando asi que el alimento que antes le habia faltado le ha digerido con una rapidez extraordinaria, le ha convertido en sangre y le ha empleado en aumentar las formas miserables que tenia anteriormente.

A.

CARRERAS DE CABALLOS

VERIFICADAS EN EL HIPÓDROMO DE LA REAL CASA DE CAMPO, EN LOS DÍAS 27 Y 30 DE OCTUBRE.

Carreras del 27.

Con un día lluvioso y muy desapacible, y en su consecuencia con escasísima concurrencia de espectadores de todo género, pudiendo decirse que solo las presencias del jurado y algun que otro socio, los dueños y mozos de los caballos que iban á correr y los empleados

de absoluta necesidad, se verificaron el día 27 las primeras carreras de otoño.

Siendo las dos de la tarde, hora designada para principiarlas, se reunió el jurado con objeto de deliberar si debian ó no tener efecto, visto lo malo que estaba el piso, lo fácil que podia ser el que un caballo se estropeara y tal vez que un jinete se desgraciara. Conociendo que los dueños de los caballos debian tomar parte en la resolución se los llamó y consultó, decidiendo cuatro contra dos que se verificaran las carreras á pesar de lo manifestado por el jurado.

En su vista, se presentaron en el terreno para disputar el primer premio ofrecido por la Inspección general de carabineros, que consistia en 1,000 reales para el caballo que corriera 2,000 varas en menos de 3 minutos, venciendo de tres dos veces: el potro *Archivero*, de 3 años, 7 cuartas y 3 dedos, de media sangre, con el peso de 100 libras y propio de don José Heredia, que invirtió 2' 35" en la primera prueba; el *Whist*, tambien de 3 años, 7 cuartas y 7 dedos, de pura sangre, con igual peso, perteneciente á don Fernando Salamanca, que tardó 2' 27 1/2"; el *Vad-Ras*, de 4 años, 7 cuartas y 6 dedos, de pura sangre y de la propiedad de don Fernando Fernandez del Rio, corriendo la distancia en 2' 27". En la segunda prueba se presentaron solo los dos últimos y tardaron por su orden 2' 29 1/2" y 2' 29". Ganó el potro *Vad-Ras*.

El premio segundo era de 2,000 reales, que ofrecia la Sociedad al que recorriera 1,500 varas en menos de 2 minutos; fue disputado por el potro *Floreffe*, de tres años, 7 cuartas y 7 dedos, llevando el peso de 110 libras, propio del duque de Fernan Nuñez; las potras *Singletona*, 3 años, 7 con 6 y 97 libras, de don Fernando Salamanca: la *Arcila*, de 4 años, 7 con 6 y 109 1/2 libras, de don Santiago Tailby; la *Concedida*, 3 años, 7 con 4 y 97 libras, de don Fernando Fernandez del Rio; la *Fantina*, 2 años, 7 con 7 y peso á voluntad, de don Manuel María de Uriarte, y el potro *Moratalla*, 3 años, 7 con 10, llevando 100 libras de peso, propio del duque de Frias: todos de pura sangre inglesa. Tardaron por el orden que van citados: 1' 38"; 1' 40"; 1' 39 1/2"; y 1' 38". *Fantina* y *Moratalla* quedaron distanciados. Ganó *Floreffe*.

El tercer premio, ofrecido por la Sociedad, eran seis mil reales para el que diera dos vueltas de hipódromo (3,000 varas), en menos de 4 minutos, venciendo de tres dos veces; fue disputado por lo potra *Arcila*, de 4 años, 7 cuartas y 6 dedos, llevando 109 1/2 libras de peso, propia de don Santiago Tailby; el caballo Tetuan, 5 años, 7 con 6 y 130 libras, de don Fernando Fernandez del Rio; el potro *Moratalla*, que dió la carrera anterior; el *No*, de 4 años, 7 con 7 y 112 1/2 libras, del duque de Sesto, y la potra *Si*, 4 años, 7 cuartas y 8 dedos, con el peso de 109 1/2 libras, del marqués de Alcañices: todos de pura sangre. *Arcila* quedó distanciada en la primera prueba, tardando los demás, por su orden, 3' 33"; 3' 30 1/8"; 3' 30 1/2"; 3' 30" y en la segunda carrera, 3' 52"; 3' 37"; 3' 57"; 3' 39". Habiendo ganado *Moratalla* á la potra *Si*, que salió vencedora en la primera, corrió aquel solo, y como tardó en la tercera 4' 28", mas tiempo del marcado en el programa, no se adjudicó el premio.

El de 8,000 reales, que daba el ministerio de la Guerra al que corriera 3,000 varas en 3 minutos y 53 segundos, debió ser disputado por el potro *Oscar*, de tres años, 7 cuartas y 7 dedos, llevando el peso de 100 libras, propio del duque de Fernan Nuñez; la potra *Piedad*, 3 años, 7 con 6 y 97 libras, de don Fernando Fernandez del Rio; la potra *Reina Margarita*, 3 años, 7 y 6, con igual peso que la anterior, del duque de Sesto, y el caballo *Chocknossoff*, 6 años, 7 con 7 y 147 libras de peso. Antes de dar la señal el juez del campio, salió desbocada la *Reina Margarita*, dando en tal estado vuelta y media al hipódromo, sin que el jockey pudiera detenerla, lo cual fue causa de que no corriera con sus competidores, tardando estos en la primera prueba, por el orden que van citados, 3' 45", y 3' 50". Para la segunda corrieron el *Oscar* y la *Piedad*, invirtiendo 4' 2" y 4' 23". Como el *Oscar* triunfó en la primera, dió la tercer carrera, y no habiendo tardado mas que 3' 52", se le adjudicó el premio. Todos eran de media sangre.

El último premio, llamado extraordinario, para caballos cruzados, y que por esta causa no podian correr con los de pura raza española, consistia en 2,000 reales para el que diera antes dos vueltas de hipódromo, una sola vez, sin tiempo fijo y peso á voluntad; debió ser disputado por siete, pero lo fue solo por *Chispa*, de don Angel Granda, *Trapisona*, de don Lucas Ramos, y *Don Pepito*, de don José Leon. Ganó el segundo que tardó 4' 48", y el tercero 4', 54".

El mucho tiempo que han invertido los caballos en estas carreras, ha procedido del mal piso y de la lluvia que con viento frio estuvo cayendo toda la tarde, pues en otras han tardado de 30 á 34 segundos menos.

Convendria que para las que se han de efectuar en la primavera próxima se midiera el terreno por el sistema métrico, y de este modo se comparaba sin trabajo la celeridad de los caballos que corren en Madrid con los que lo hacen en las poblaciones del Norte.—Se dijo que el *Si* y el *No* iban á disputar en el extranjero, y que por el ministerio de la Guerra se retiraba el premio para las

carreras sucesivas. Seria un mal esta falta de cooperación al grandioso objeto que lleva la Sociedad de fomentar la cria caballar en España, que tan buenos resultados ha dado y está dando, siendo seguro los dará mayores en cuanto se convenzan los ganaderos de lo que reforma la sangre inglesa la conformación de los caballos españoles, que no es la mas adecuada para la ligereza, cualidad apreciada en el dia en todo producto hippico.

Carreras del día 30.

Con una concurrencia inesperada, tanto de elegantes trenes como de jinetes y espectadores en las tribunas y á la cuerda, se efectuaron las de este dia para disputar los cinco premios ofrecidos.

Consistió el primero en 2,000 reales que daba la Sociedad al caballo que en menos de 2 minutos corriera 1,500 varas y venciera de tres dos veces. Se presentaron el potro *Floreffe*, la potra *Singletona* y la *Concedida* del dia 27, tardando, por su orden en la primera prueba 1' 41"; 1' 42" y 1' 42 1/2".—En la segunda 1' 40"; 1' 41" y 1' 41 1/2".—Ganó *Floreffe*.

Era el segundo de 4,000 reales ofrecidos por el ministerio de Fomento para el que recorriera 3,000 varas en menos de 3 minutos y 43 segundos. Le disputaron *Piedad*, potra de 3 años, 7 cuartas y 6 dedos, propia de don Santiago Tailby, y de media sangre; los potros *Vad-Ras* y *No* del dia anterior, no habiéndose presentado *Chocknossoff* por estar enfermo. La *Piedad* quedó distanciada en la primera prueba, tardando los otros 3' 30" y 3' 27".—En la segunda 3' 33" y 3' 31".—Ganó el potro *No*.

Para el tercer premio de 12,000 reales ofrecidos por S. M. la reina, se presentaron *Arcila*, *Tetuan*, *Moratalla* y *Si* del dia 27 y el caballo *Kremlium*, 7 años, 7 cuartas y 7 dedos, de pura sangre, propio del duque de Frias. Fue retirado el *No*, que corrió en la apuesta anterior. El primero, cuarto y quinto, quedaron distanciados en la primera prueba tardando los otros dos en correr las 4,500 varas, 5' 8 1/2" y 5' 8".—En la segunda 5', 20" y 5', 16".—Ganó *Moratalla*.

El cuarto premio, llamado Derby español, fue disputado por las potras *Preciosilla*, 7 cuartas, 6 dedos, del duque de Fernan-Nuñez, la *Querida* y *Roseta*, ambas con 7 cuartas y 6 dedos, pertenecientes á don Fernando Fernandez del Rio, y la *Fantina*, con 7 cuartas y 7 dedos, propia del duque de Frias, todas de dos años y de pura sangre, menos la primera que es de media. Debian correr 1,500 varas, sin tiempo fijo y peso á voluntad, tardando, por su orden, 1' 43"; 1' 40"; 1' 42" y 1' 41".—Ganó la *Querida*.

El último premio consistia en 2,000 reales para los caballos, yeguas y jacos que corrierran antes 3,000 varas sin tiempo fijo. Se presentaron á disputarle 14, y ganó una jaca alazana de don José Guardiola, llamada *Estrella*, que tardó 3' 56". Otra que fue la *Trujillana*, de don Tomás Luengo, llegó 2 segundos despues.

NICOLÁS CASAS DE MENDOZA.

POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.

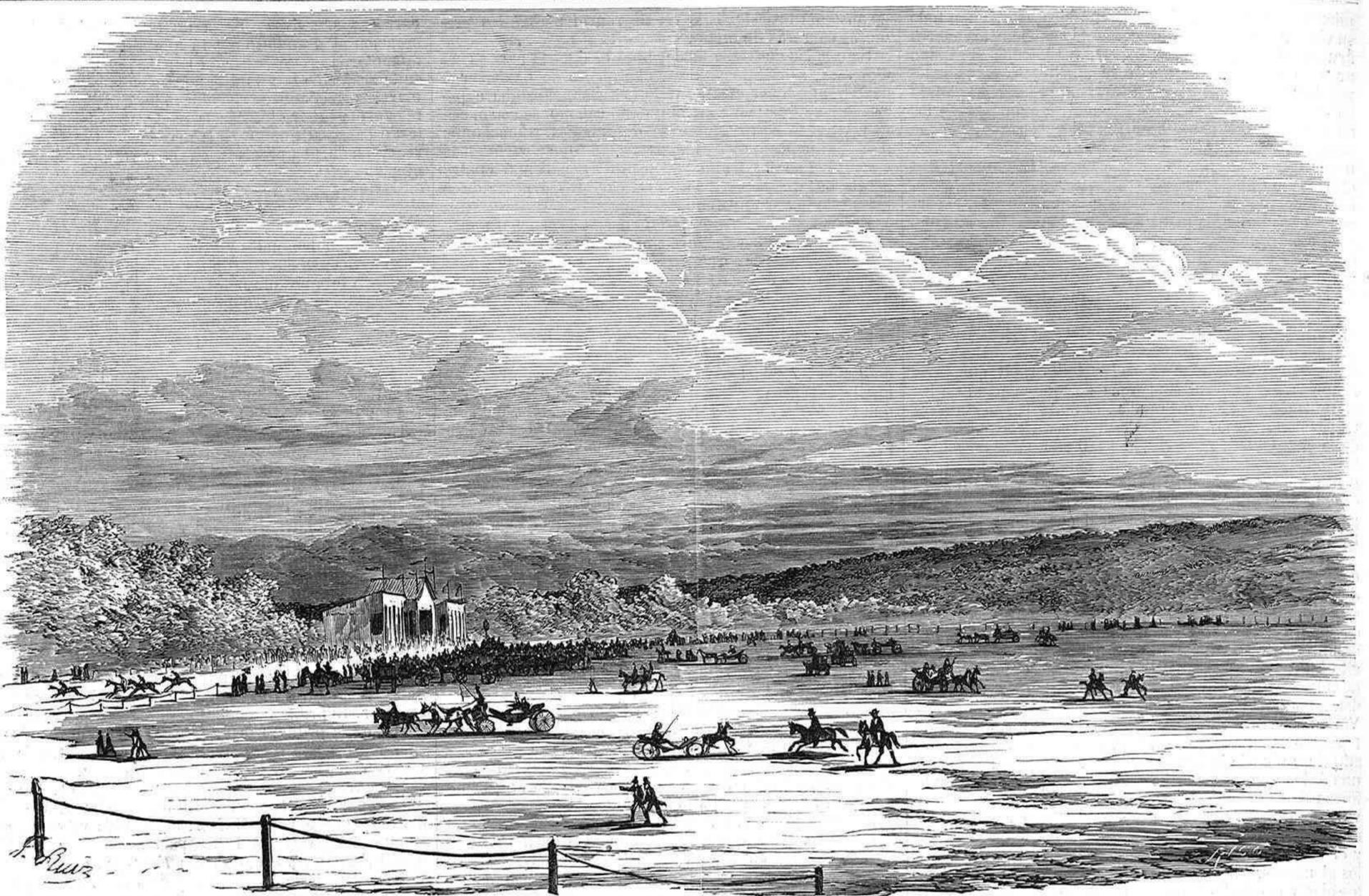
III.

No teneis necesidad de mí para esta excursion: echad una mirada al plano (véase el número anterior) y podreis orientaros vosotros mismos. Vereis un recinto casi oval: un muro lleno de puertas que se designaban por los nombres de las calles de que salian, ó mejor dicho, de las ciudades á que se dirigian: Herculano, Nola, Stabies, etc.

Ocho puertas se abrian alrededor de la ciudad (tal vez existia una novena que ha desaparecido y que daba al mar). La mas curiosa de todas es la de Nola, cuya construcción parece antiquísima. Se encuentran en ella esas magníficas piedras talladas que conservan la huella de los primeros tiempos.

La puerta de Herculano es menos antigua, y sin embargo está mas destruida que aquella. El arco se ha hundido: es preciso que haya mucho cuidado para restaurarlo. Esta puerta tenia tres entradas: las dos laterales estaban destinadas probablemente á los caminantes. La de en medio se cerraba con el auxilio de un rastrillo que corria por una ranura visible aun, pero estucada. Ahora bien; como el rastrillo hubiera destruido este baño, es de suponer que en la época de la erupción no habria servido desde largo tiempo, habiendo cesado Pompeya de ser plaza fuerte.

Los dos tercios del óvalo están aun intactos, no descubriéndose sino un círculo negro á la estremidad derecha, que designa el anfiteatro. Toda la parte blanca indica la parte de Pompeya que no ha sido aun descubierta. Es una ladera cubierta de viñas, de jardines y de plantaciones. A la izquierda solamente se encuentran líneas figurando calles, casas, monumentos, plazas públicas, etc., etc. Se han atribuido nombres de capricho á las calles: calle de la Abundancia, de los Doce-Dioses, de Mercurio, de la Fortuna, calle Afortunada, calle de la Modestia, etc. Para las casas era aun mas arbitraria la designación; la mayor parte, segun el



CARRERAS DE CABALLOS VERIFICADAS EN LA CASA DE CAMPO.

antiguo sistema fueron bautizadas por el personaje augusto ó ilustre, ante el cual se registraron por primera vez.

Las calles os asombrarian por su pequeñez. Lo que

nosotros llamamos grandes arterias en nuestro pais, era completamente desconocido para los naturales de Pompeya, que solo dividian sus casas por senditas embaldosadas (á causa de la salubridad, segun decian: noso-

tros hemos cambiado de opinion sobre esta cuestion de higiene pública).—La calle mas ancha de Pompeya, tenia siete metros. Las hay que con sus aceras y todo no comprenden sino un espacio de dos metros y medio:



PROYECTO DE LA IGLESIA Y HOSPITAL DEL BUEN SUCESO, POR EL ARQUITECTO DON AGUSTIN ORTIZ VILLAJOS.

estas aceras son bastante elevadas y muy estrechas; enlosadas con mucha desigualdad, según el capricho ó la riqueza de los propietarios que estaban encargados de su cuidado; aquí con bonitas baldosas, un poco más lejos con barro amasado, delante de la casa siguiente con baldosas de mármol: aquí y allá en *opus signinum*, mosaico rudimentario. Estas aceras estaban cortadas por guardacantones ó marmolillos agujereados (en las tiendas, por ejemplo), acaso para atar los asnos y las vacas de los campesinos que llevaban por la mañana á la ciudad, y á la puerta de los mismos ciudadanos, la leche y los canastillos de legumbres.

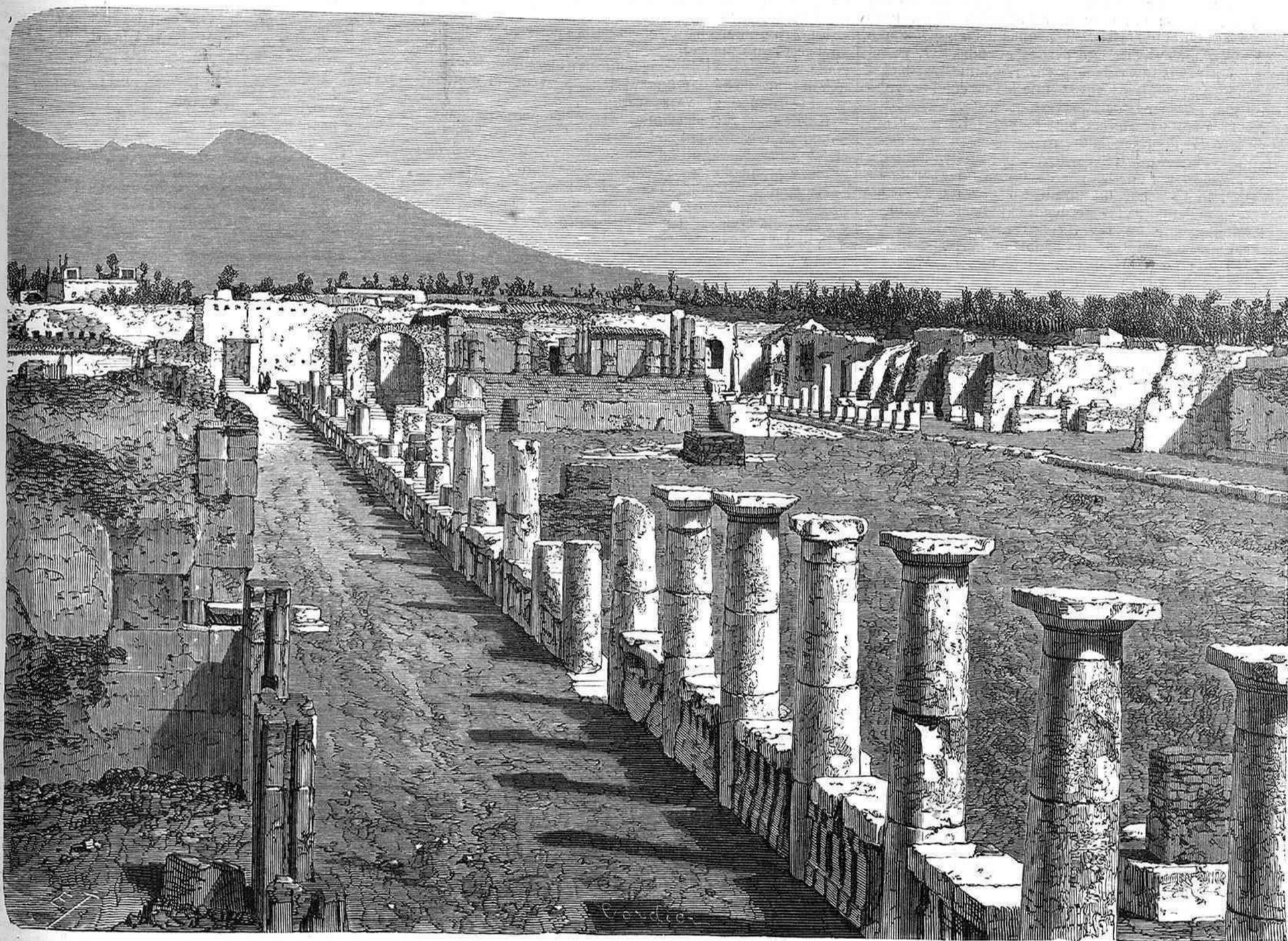
Entre las aceras se formaba la calle de grandes pedazos de lava, que el tiempo no ha podido desgastar; cuando Pansa se dirigía á casa de Parato, sus sanda-

lias pisaban las mismas piedras que huellan nuestras botas. Los días de lluvia esta calle debía convertirse en un lecho de torrente, como sucede aun en las callejuelas de Nápoles: por eso colocaban de sitio en sitio algunas piedras grandes que permitían á los transeúntes pasar de una acera á otra á pie enjuto. Esto debía de ser un obstáculo para los carruajes; así los surcos ó carriles que se han encontrado marcados en las piedras son marcas groseras y profundas como de carros tirados lentamente por bueyes, y no de esas carrozas flexibles que lanzan con tanta facilidad los novelistas por la pequeña ciudad antigua. Por otra parte se sabe que sus habitantes iban á pie, solo los notables iban en carruaje y eso en el campo. ¿Dónde encontrar sitio para caballerizas en estas casas, pequeñas como un puño? Solo en los arrabales y

en el campo era donde la magnitud de los edificios hacía este lujo posible.

Borremos, pues, los susodichos carruajes de nuestra imaginación, si queremos ver las calles de Pompeya tales como eran.—Después de las grandes lluvias, el agua descendía á las regueras, á las alcantarillas, que se extendían á lo largo de las aceras, y de estas por agujeros visibles aun, á un canal subterráneo que las llevaba fuera de la ciudad.

Las tiendas se abrían hacia la calle, y se abrían como las nuestras, casi enteramente, presentando á los transeúntes un ancho mostrador que no dejaba más que un pequeño espacio á derecha ó izquierda para que el mercader ó el comerciante entrase ó saliese. En estos mostradores, ordinariamente revestidos de una tabla de



POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.—RUINAS DEL TEMPLO DE VENUS.—FORO DE POMPEYA.

mármol, se abrían los receptáculos en que los especieros, los cantineros, guardaban sus líquidos y sus géneros. Detrás del mostrador, á lo largo del muro, se elevaba una gradería de piedra, sobre la cual estaban colocadas las provisiones. En el espacio de un pilar al otro, pendían en festones los comestibles; ropas ó telas adornarían probablemente las delanteras, y los marchantes que hacían sus negociaciones en las aceras de las calles, debían formar cuadros ruidosos y animados. El meridional gesticula mucho, regatea siempre, discute con calor, habla vivo y alto con una volubilidad sonora: id á verle aun en los barrios de Nápoles, que recuerdan por más de un concepto las callejuelas de Pompeya.—Aquellas tiendas están ya desmanteladas, no se ven más que los mostradores vacíos y las ranuras en que corrían las puertas formadas de muchas tablitas encajadas entre sí.—Pero las pinturas ó las esculturas que existen aun sobre algunos pilares laterales, son antiguas muestras que nos indican lo que se vendía en su vecino mostrador. Así una cabra de barro indica una lechería; un molino tirado por un asno designa el almacén de un molinero; dos hombres marchando uno tras otro llevando ambos por sus estremidades un palo, del cual pende un ánfora, indican la vecindad de un tratante en vinos. Sobre otros pilares están marcados objetos

menos esplicables: aquí un ánfora, allí un navío, mas allá un tablero de damas ó ajedrez...

Otras tiendas se han calificado por los objetos que contenían al descubrirse. Así cuando se encontraron en una serie de piezas que dan á la calle de Herculano, diversas palancas, terminada una por un pie de puerco, martillos, tenazas, círculos de hierro, un eje de carruaje, la llanta de una rueda, etc., se dijo con justicia: Esto es un taller de carretero ó herrero. La fragua no ocupaba más que una pieza, detrás de la cual había una habitación de baño y una despensa.

No lejos de aquí una tienda de alfarero se denunció por un horno muy curioso, cuya bóveda está formada de tejas huecas de tierra cocida, encajadas las unas en las otras.

Más allá se ha descubierto la tienda de un barbero que jabonaba, peinaba, afeitaba, cepillaba, esquilaba, quitaba el vello con sus depilatorios, y perfumaba á los habitantes próximos al Forum: aun se ve un asiento de ladrillos donde se sentaban los parroquianos. En cuanto á los mercaderes de jabón, de parrocias, de ungüentos, de perfumería, debían de ser innumerables: sus productos no servían solo para el tocador de las señoras, sino también para las ceremonias religiosas ó fúnebres, y después de haber perfumado á los vivos, embalsamaban

á los muertos. Dos boticas (una en la calle de Herculano y la otra en frente del Calcídico), han sido designadas gráficamente por una muestra donde se veía una serpiente (atributo de Esculapio) comiendo una manzana, y no solo por esto, sino por pastillas, píldoras, vasos y retortas, que contenían líquidos petrificados; en fin, una caja de bronce con compartimentos que debía encerrar drogas, tenía para la espátula un estuchito curioso.

No lejos del boticario vivía el médico, boticario también y cirujano: en su casa se han recogido los famosos instrumentos de cirugía, conservados en el museo; mas de trescientos objetos diversos. Rica colección, que prueba que los antiguos eran muy hábiles en cirugía, y habían inventado instrumentos que se creían modernos.

Otras tiendas (como la de los mercaderes de colores, la de los plateros, el taller de estatuario, etc.), nos han revelado los procedimientos de los antiguos artistas. La familia del mercader de colores fue horriblemente maltratada por la erupción; catorce esqueletos han sido encontrados en su tienda. En cuanto al escultor, estaba muy ocupado en el instante de la catástrofe: se han encontrado en su casa un gran número de estatuas de mármol, empezadas ó no concluidas; los instrumentos

de su arte; el cincel, el punzon, las limas, etc., etc. Todo esto está en el museo de Nápoles.

Habia, pues, artistas en Pompeya; pero había sobre todo artesanos. Los botaneros, con frecuencia marcados en las inscripciones, debían ser muy numerosos, y formar una corporación respetable. Se ha descubierto su manufactura (la Fullonica).

El mayor número de tiendas, cuyo empleo hemos podido precisar eran depósitos y comercios de comestibles. El marchante de aceite de la calle que conduce al Oleon, se hacía notar entre todos por la belleza de su mostrador, cubierto de cipolino, mármol verdoso y mármol gris, revestido exteriormente de una placa circular de pórfido entre dos rosetas.

Ocho vasos de arcilla que contenían aun aceitunas, todavía frescas y pastosas y aceite espeso, han sido el hallazgo de la casa de este lujoso mercader. Los *thermopolos* también muy numerosos, eran los cafés del mundo antiguo: allí vendían *bebidas calientes*, *vino cocido y perfumado*. Existían además los *anopolos* que correspondían exactamente á nuestras tabernas, y además las *popinas* que debían parecerse á nuestros *botanegones*. Allí se comían los restos de los sacrificios, vendidos por los sacerdotes á los tratantes.

No faltaban panaderías en Pompeya. La mejor era la de la calle de Herculano, donde llenaba una casa, cuyo patio interior estaba ocupado por cuatro molinos, cuya muela daba vueltas por medio de un aparato de madera, movido por un hombre ó por un asno. El grano se molía entre las dos piedras patriarcalmente.

Recientemente en las últimas investigaciones, el señor Fiorelli encontró un horno tan hermeticamente cerrado que no había entrado en él ni un solo átomo de ceniza: en cambio tenía ochenta y un panes muy poco sentados pero enteros, duros y negros, colocados en el mismo orden con que fueron puestos el 23 de noviembre del año 79. Encantado con este hallazgo, entró él mismo en el horno y sacó con sus manos tan preciosas reliquias. Los panes pesaban en su mayor parte cerca de una libra, (el más pesado 1204 gramos): eran redondos, deprimidos en el centro, elevados en los bordes y partidos en ocho canchales. Aun se cuecen en Sicilia exactamente iguales. El profesor de Luca los ha pesado y analizado minuciosamente en una carta dirigida á la academia de ciencias de París.

Figurémonos ahora todas estas tiendas, todos estos talleres adornados, provistos; las muestras, los compradores, los vendedores, los paseantes, el movimiento meridional; la calle no está ya muerta. Los pisos superiores, hoy destruidos, estaban en comunicación con la calle; algunas ventanas abriéndose discretamente, servían de fondo á alguna cabeza morena, ansiosa de ver ó de ser vista: las últimas pesquisas han descubierto la existencia de balcones suspendidos al aire y cubiertos y largos corredores exteriores llenos de celosías, que reaparecen con frecuencia en las pinturas. La pompeyana debía instalarse frecuentemente allí para disfrutar de la vida exterior. La señora de la casa en aquel tiempo, como las de hoy, alargaba desde lo alto su cestillo al mercader ambulante que paseaba su portátil tienda. Repoblada así la callejuela de otro tiempo, era más alegre que las nuestras, y las casas pintadas, las paredes abigarradas, los monumentos, las fuentes, animaban vivamente el cuadro, demasiado brillante para nuestra vista.

Aquellas fuentes, muy sencillas, se componían de grandes pilones cuadrados, formados por cinco piedras: una en el fondo, cuatro en los bordes, enlazándose unas con otras por abrazaderas de hierro.

Además de las fuentes, los anuncios alegraban la calle: las paredes estaban cubiertas de ellos, y aquí y acullá alguna pared blanca servía para las noticias que se prodigaban al público. Allí pintaba quien quería en caracteres rojos, delgados y desiguales, todo cuanto nosotros imprimimos hoy en la cuarta y aun en las demás páginas de nuestros periódicos.

Nada más curioso que aquellas inscripciones que nos indican las ocupaciones y los cuidados de la pequeña ciudad.

En unos se trata de una elección: en otros un grupo de ciudadanos, una corporación de artesanos ó de comerciantes recomiendan para la dignidad de Edil, para el *Dumvirato*, al preferido entre sus candidatos. Algunos anuncios nos dan el programa de los espectáculos del anfiteatro.

Tal compañía de gladiadores combatirá tal día: habrá cazas y taldos; habrá aspersiones de agua perfumada para refrescar á los espectadores. (*Venatio, vela, sparsiones*.) Treinta pares de gladiadores ensangrentarán el anfiteatro. O bien los anuncios indican casas para alquilarse. En las propiedades de Julia Felix, hija de Spurio, se alquila un baño, un *venereum* nuevecientas tiendas (tabernæ), terrados (pergulae) y habitaciones en los pisos superiores del 14 al 16 de julio por cinco años consecutivos.

Algunas inscripciones hechas con pintura ó con cuchillo eran arranques ó exclamaciones de transeuntes chistosos. Una decía: Opius, el esportillero, es un ladrón, un pícaro. En una pared de la calle de Mercurio una hoja de enredadera, formando un corazón, encerraba el dulce nombre de *Psyche*. Mas allá un zumbón había anunciado imitando el estilo de las lápidas, que bajo el con-

sulado de L. Noninius Asprenas y de Aplotius, le había nacido un berriquillo. En la calle de los Teatros, un cántaro para vino se ha perdido; el que le devuelva tendrá tal recompensa de la parte de Varius; pero el que presente al ladrón, tendrá el doble.

En fin, otras inscripciones eran advertencias hechas á los transeuntes para la limpieza de las calles, y marcando esas prohibiciones de policía que nosotros anunciamos hoy con la misma intención.

M. M.

IGLESIA Y HOSPITAL DEL BUEN-SUCESO.

En este número damos el proyecto aprobado para la construcción de la iglesia y hospital que desaparecieron de la Puerta del Sol, pero que se trata de restablecer en el nuevo barrio de Argüelles para conservar aquella fundación piadosa.

En otro número hablaremos de la ocasión y el motivo de esta antigua fundación, cuya historia circunstanciada no dejará de interesar á nuestros lectores. Por hoy nos limitaremos á dar una idea del proyectado edificio y del terreno donde va á levantarse.

Entre los varios pensamientos que se presentaron al concurso fue aceptado el del arquitecto don Agustín Ortiz Villajos, alumno de la escuela de ingenieros de minas y premiado ya en diversas exposiciones.

La figura del edificio que va á levantarse por este profesor es una cruz compuesta de cuatro brazos ó cuerpos salientes: el 1.º comprenderá parte de la iglesia; el 2.º y 3.º contendrán la administración y el hospital y salas de curación pública, y el 4.º las habitaciones de los empleados. En los ángulos que forma la unión de estos cuatro brazos habrá jardines cerrados con verjas de hierro, y el conjunto llenará una superficie de 50,571 pies cuadrados. La iglesia podrá contener de 1,200 á 1,500 personas, y la enfermería albergar de 24 á 30 enfermos.

El terreno sobre el cual se va á levantar el edificio, está rodeado por las calles de la Princesa, de Quintana, del Tutor y otra que aun no tiene nombre, y forma por consiguiente una manzana entera. Su figura es un rectángulo cuyos lados tienen cada uno de 73 á 90 metros de longitud, comprendiendo una área total de 87,540 pies cuadrados. La construcción que sobre parte de esta área va á alzarse, tendrá por la calle de la Princesa planta baja, principal y segunda, y por la del Tutor, á causa del desnivel del terreno, presentará un piso más.

Las obras van á llevarse á cabo, según parece, con gran actividad, y dentro de poco tiempo creemos que podrá inaugurarse la nueva iglesia y continuar su caritativa misión el antiguo establecimiento.

A LA TEMPRANA MUERTE

DE LA PRECIOSA NIÑA CÁRMEN F...

A noi venia la creatura bella
Bianco vestita, e nella faccia quale
Par tremolando matutina stella.
(DANTE, *El Purg.* XII.)

Cuna y sepulcro en un botón hallaron
Las galas de la flor:
En un día nacieron y espiraron
Del tiempo volador.
¡Ay! fue su vida breve primavera,
Fue tan solo un abril.
Miradla ya marchita, y ayer era
La reina del pensil.
La luz resplandecía en su mirada
La inocencia en su faz,
Murió con su blancura inmaculada,
Era un ángel de paz.
Era sueño de amores bendecido,
Era dulce ilusión.
Bienes aun no gozados y perdidos
De este mundo no son.
¿Quereis verla? Mirad allá en la tarde
La plateada estrella.
La pura lumbre que en sus senos arde
No lo dudéis, es ella.
¿Escucharla quereis? Id junto al río
En noche solitaria,
Y que allí vuestro amante desvarío
Llore tierna plegaria.
El vago son de la hoja que se mueve,
El ruiseñor que canta;
El blando suspirar del aura leve,
La poesía santa
De ese apacible acorde misterioso,
De celestes sonidos;
Todo ese encanto, la dichosa calma,
La suave melodía
Prendas son de consuelo, que su alma
Cariñosa os envía.
Llamóse Cármen, y ángel fue divino
Arrancado del cielo
No estaba aquí, en la tierra, su destino,
Por eso alzó su vuelo.

D. G.

A UNA FUENTE.

Recreo encantador de la pradera,
puro como el rocío celestial,
escondido del pino en la ribera
brota tu cristalino manantial.

¡Fuentecilla de hechizos rodeada!
á tu apacible y mágico rumor
la tórtola responde enamorada
y enternecido canta el ruiseñor.

Del vespertino sol los resplandores
tu límpido raudal besando están,
y en tu seno mirándose las flores
con su aroma sus pétalos te dan.

Tranquila en el retiro delicioso,
precipitados deslizarse ves
del Pisuerga soberbio y caudaloso
las ondas que murmuran á tus pies.

Contigo, ¡oh fuente! enagenada el alma,
la perdida expansión vuelve á gozar;
y tu fresca corriente mi sed calma,
y tu hermosura calma mi penar.

Eres imagen del destino mío;
cual tu murmullo, triste mi canción;
á morir van tus aguas en el río,
mis lágrimas del mundo en el turbión.

Yo también, al bullicio indiferente,
entre escollos frenética correr
veo la multitud siempre impaciente
en pos de la ventura y el placer.

Y á una quimera que de lejos brilla,
del confuso oleaje en el vaiven,
seguir con necio empeño, y en la orilla,
ciega dejar el verdadero bien.

Busquen palacios de mullida alfombra,
de oro el techo, de sedas el tapiz;
yo nunca olvidaré que en esta sombra
viéndote, fuentecilla, soy feliz.

Aquí puedo, aspirando auras suaves,
del espacio admirar la inmensidad;
y ver árboles, linfas, flores y aves,
y vivir, como tú, en la soledad.

Los honores, la pompa, la grandeza,
fugaces nubes del orgullo son:
¡qué vale el poderío y la riqueza
si turban la quietud del corazón!

Valladolid, 1864.

RAMON DE LA PISA.

Hace poco se ha publicado en uno de los principales periódicos de Londres, una carta escrita por Mr. John A. Tinne, en la que anuncia el mal éxito que ha tenido una expedición que habían emprendido unas señoras holandesas al Nilo Blanco. «Una de las señoras que formaba parte de la expedición, dice Mr. Tinne, me cuenta en una carta recibida recientemente, que á consecuencia del mal comportamiento que habían tenido con ellas los comerciantes, la expedición se había visto obligada á volver á Khartum, sin llevar á cabo el fin que se proponían de llegar al país de Niam-Niams. Esta señora se queja particularmente de la conducta de Biselli y Ali Annuri, ambos comerciantes indígenas y propietarios de zerbias ó estaciones sobre el Nilo Blanco, los cuales parecen ejercer un despotismo absoluto é incontestable en distritos muy vastos. Ahora dichas señoras se han quejado también de la conducta de Musa Bajá, gobernador del Sudan.

En la Academia de ciencias de París se ha leído últimamente una carta de Mr. Guerin-Meneville, en la que describe un nuevo gusano de seda de la América Meridional. Este gusano se ha encontrado en gran número en un estado salvaje, en algunos puntos de la orilla derecha del Uruguay por los señores Herrera y Fauvety. El árbol, cuyas hojas alimentan á este gusano, es una especie de mimosa; los capullos son de un color de naranja cuando están recientes, pero se hacen más pálidos por la acción del sol y de la lluvia. Algunos ejemplares de estos capullos se han sometido al examen de la Academia. El nombre que se proponen dar á este gusano es el de «gusano de seda Uruguayo, *Bombyx Fauvetyi*». Mr. Guerin-Meneville anunció también la apertura de uno de los diez y seis capullos del *Bombyx Atlas*, que le envió el capitán Hutton desde Mussoree, punto situado en una elevada llanura del Himalaya. Este capullo es muy ancho y pesa nueve gramos, al paso que los capullos de los gusanos comunes y el *ailanthus* pesan única-

mente dos. Se teme que lo avanzado de la estación para abrirse el capullo, impida la aclimatación del Bombyx Atlas en Francia.

El gobierno francés ha entrado en tratos hace poco tiempo con los señores Rowitt-Simon y Trotter para el establecimiento de un cable telegráfico entre Francia y la América Septentrional. Con este objeto se funda una sociedad bajo el nombre de Sociedad del telégrafo del Océano, con un capital de 48.000.000 de francos en acciones de 500 francos cada una, y los empresarios se obligan á establecer en el término de tres años un cable que vaya desde la costa francesa á la América del Norte, bien directamente ó bien por las islas Azores y Terranova. El cable no debe tener ningun ramal, como no sea desde las Azores á España. El gobierno francés se reserva para sí exclusivamente el envío de los despachos y garantiza á la Sociedad el pago anual de 346.800 francos para dar un interés de 4 por 100 á las 12.000 acciones privilegiadas por él y para amortizar el capital en treinta años.

En el teatro Balbo en Milan se ha representado hace poco tiempo una epopeya histórica de Gualtieri titulada: «La historia de Milan.» El argumento de esta pieza abraza cinco siglos y se necesitan tres noches para su representación completa.

Muchos labradores irlandeses, animados por el estado tan floreciente de las fábricas de lienzos de su país, habían sembrado de lino este año una gran parte de sus campos, especialmente en el Sur, donde el lino no se había cultivado nunca tan bien como ahora. El resultado ha sido estraordinariamente satisfactorio; el lino ha prosperado muchísimo y los labradores que se habían dedicado á su cultivo, han realizado un gran beneficio.

En el Ateneo de Eynard, en Ginebra, se ha abierto hace poco una exposición de cuadros de Alejandro Calame, pintor suizo, de quien ya hemos hablado hace algun tiempo á nuestros lectores. Entre las innumerables obras de este autor que se encuentran allí, hay varias que pueden considerarse como de las mejores de este artista.

A. E. R.

Siendo mi afán merecerle desde tu aciaga partida, combate en mi pecho fuerte la esperanza, que es la vida, con la duda, que es la muerte.

Si el bien ansiado se alcanza cuando el alma se sustenta, corazón, ten confianza, la duda sombría ahuyenta consoladora esperanza.

F. DEL V.

ESPINAS DE AMOR.

Pocos días hace, mientras varios amigos saboreábamos el delicioso *moka* del café Suizo, me refirió uno de ellos la siguiente historia:

«A las altas horas de una noche fríasima de enero atravesaba yo con rapidez por la calle del Cármen, en dirección á mi humilde morada.

Escuso decirte que caminaba á oscuras. Porque al ayuntamiento de la coronada villa le parecía sin duda, en la época de mi cuento, un artículo de lujo, de supresión necesaria, el alumbrado público, desde la una de la madrugada en adelante.

A guisa de corolario, quisiera decirte que lo mismo, con diferencia escasa, se le debe figurar al ayuntamiento de ogaño.

Al doblar la esquina de la calle del Olivo, presentáronse á mi paso dos pequeñas niñas de diez á doce años, al parecer gemelas, de igual estatura, de facciones idénticas, pero pálidas, estenuadas, cubiertas de inmundos harapos...

Ambas, derramando copioso llanto, se cogieron á mi capa, como si abrazarme quisieran, elevando despues sus lindas manecitas cruzadas á la altura de mis ojos.

—¡Por Dios! ¡Una limosna!... dijo la una.
—¡Para mi mamá, caballero!... ¡Para mi mamá de mi alma!... interrumpió la otra.

Confieso que me enternecí. A la tétrica luz de un reverbero, distinguí dos rostros de ángeles de fisonomía dulce, de ojos azules, de cabellos rubios; pero aquellos rostros estaban tristes, macilentos, con esas precoces arrugas y esa demacraación extrema que reflejan una vida entera de sufrimientos, de privaciones, de hambre...

Las dos pobrecitas niñas temblaban de frío debajo de sus harapos.

—¡Para mi mamá!... ¡Para la mamá de mi alma!... repetían ambas sollozando.

—Pero ¿dónde está vuestra mamá? me atreví á preguntarles.

—En casa.
—¿Cómo! ¿Aquí estais solas?
—¡Sí señor!...

—¿A estas horas?... ¿Tan tarde?...

—Porque mamá está enferma y nosotras...

—Decid, hijas mías.

—¡Ah!... ¡No tenemos pan!...

—¡Pobres niñas! ¿Y vuestro padre?...

—¡Dios mío!... Nosotras no tenemos padre.

—¿Quizá ha muerto?

—No señor, no le hemos tenido nunca, contestaron ambas, inclinando la cabeza.

—¡Infelices!... murmuré.

Ya sabes, amigo mío, que soy muy curioso.

En aquellas palabras se encubría un misterio, uno de esos misterios de delirio y lágrimas, de pasión y abandono, de engaños y perfidias, que se cobijan muy á menudo bajo el techo denezrido de una boardilla.

Perdóneme el cielo si traté de penetrarlo.

—Yo os daré pan, queridas mías, les dije, pero ¿quereis guiarme á vuestra casa?

Las niñas no respondieron.

Aquel silencio reflejaba una negativa solemne.

Pero yo ardía en deseos de conocer de cerca aquel inmenso infortunio, de oír aquella historia terrible, de consolar aquella aflicción profunda, de socorrer, si pudiese, aquella necesidad extrema.

No tuve inconveniente en recurrir á la mentira para lograrlo.

—¿No me habeis dicho, les pregunté, que vuestra mamá está enferma?

—Sí señor; muy enferma.

—Vosotras querreis que se ponga buena ¿no es verdad?

—¡Oh!... sí... ¡Dios mío!...

—Pues bien, yo soy médico.

—¡Virgen Santa! ¿Usted es médico? exclamaron las dos á un tiempo en el colmo de la alegría.

—Sí; soy médico, y quiero poner buena á vuestra mamá. Guíadme, niñas mías, guíadme; yo os lo prometo.

Envolví entre los pliegues de mi ancha capa á las dos ateridas criaturas, compré en una tienda de comestibles los alimentos que me parecieron oportunos, y los tres unidos llegamos hasta la calle de Jacometrezo, atravesamos la de Hita y nos detuvimos delante de una puerta de sucio aspecto de la calle de Tudescos.

Durante nuestro estraño paseo, habia sentido palpar de gozo los tiernos corazones de las dos inocentes niñas.

—¡Aquí es!... exclamaron, dándome una llave para que abriese.

Confieso que sentí una repugnancia invencible al penetrar en aquel portal hediondo, y mas aun al subir por la escalera tortuosa y desvencijada que me señalaban las niñas.

Habria retrocedido sin duda, si mi curiosidad hubiese sido en aquel momento un átomo mas pequeña que los temores que asaltaban mi mente.

Subí, pues, y llegué hasta la puerta de la boardilla.

Un desconsolador espectáculo se presentó á mis ojos.

En el rincón mas apartado de aquella estancia lóbrega, yacía una mujer, como de cuarenta años, medio tendida en un miserable jergon de paja, y cubierta apenas con haraposos vestidos.

A la par de este lecho despreciable se veía otra cama mas pequeña, destinada sin duda á las dos jóvenes, pero limpia, mullida, compuesta de curiosas ropas y blandos almohadones.

Dos cofres viejos, colocados en la sombra del rincón opuesto de la boardilla, un espejo de marco encarnado, suspendido debajo de la estrecha ventana que daba luz y aire al aposento, y dos ó tres sillas rotas, casi deshechas, componían el estraño y miserable mueblaje de aquel recinto, iluminado entonces por los vacilantes resplandores de una vela de sebo, próxima á extinguirse.

Sin embargo, en la fisonomía de aquella pobre señora, detrás de las profundas huellas que los pesares habían estampado en sus facciones, se descubría á primera vista un no sé qué de distinción y orgullo, que formaba singular contraste con sus harapos.

Adivinábase en ella una víctima de las veleidades de la fortuna; pero se leía en sus ojos esa voluntad indomable que alimenta y sostiene la resignación del mártir.

Al penetrar en la boardilla se arrojaron las dos niñas sobre el lecho de su madre, balbuceando apenas trémulas de alegría:

—¡Mamá!...

—¡Mamá mía!...

—¡Un médico!...

—¡Te traemos un médico!...

—Movié la enferma lentamente la cabeza para saludarme con dignidad inesperada.

Era rubia, como las dos niñas, de grandes ojos azules, de elevada frente, de mejillas pálidas, de cabellos escasos, pero finísimos.

Apoyaba sus sienes en el revés de una mano pequeña y trasparente, entreteniéndose en deshilar con la otra el fleco del raído pañuelo que ceñía su garganta.

—Señora, dije con respetuoso acento, sin adelantar un paso; si en algo pudiese ser útil, me creeré recompensado sobradamente con la satisfacción de prestar un servicio á quien sin duda no merece tantas desgracias.

Clavó en mí sus ojos con una mirada dolorosa y dulce, dióme gracias con finura encantadora, y señalándome una de las sillas rotas que figuraban en aquel albergue de la miseria, me contestó con voz incierta:

—Siéntese usted, caballero. Perdóneme si me atrevo á recibirle...

Y mostrándome á las dos lindas gemelas, que se habían escondido en el rincón mas apartado de la boardilla, para devorar el amargo pan de la limosna, añadió con voz ahogada:

—¡Por mis hijas!... ¡Por mis hijas, caballero!...

Y comenzó á llorar amargamente.

Yo no sé por qué, aquella mujer me subyugaba. Pensamientos tan puros, espresados con delicadeza tanta, me convencieron de que estaba delante de una mujer desgraciada, pero de inteligencia y educación nada vulgares.

Le prodigué mis consuelos; dejé caer, gota á gota, en su corazón desgarrado el bálsamo benéfico de la esperanza; dile pruebas de esa misteriosa simpatía, con que la desventura encadena á aquellos hombres en cuyo corazón no se ha secado aun el sagrado rocío de las lágrimas, y me atreví á ofrecerle una amistad sincera, fundada en un respeto ilimitado.

—Gracias, caballero, gracias... me dijo con emoción profunda. ¡Si usted supiera cuánto bien me hacen esas palabras... Doce años há que vivo en la soledad mas triste, sin que nadie, hasta ahora, se haya compadecido de mis dolores. Doce años há que pesa sobre mi frente de réprobo el desprecio del mundo, la maldición de mis padres, el abandono del hombre que me ha arrastrado al delirio, á la perdición, á la desgracia... —Me está usted contando una historia terrible.

—¡Oh!... ¡Muy terrible!... Sea este el premio de las generosas ofertas con que usted me ha distinguido.

—Gracias, señora: la escucho con el interés inmenso que me inspira su aciaga suerte.

Estaba conseguido mi objeto.

La bella enferma se enjugó los ojos y con voz temblorosa y apagada, bosquejó la historia de su vida en los siguientes términos:

—Me llamo Rosa.

Perdóneme usted si le oculto el apellido ilustre de mis padres.

En la infausta época de mi nacimiento, conspiraba el autor de mis días para colocar la corona en las sienes del hermano del monarca, intentando desheredar á la augusta niña que se mecía entonces en la cuna de la inocencia.

Observe usted, caballero, que desde mis primeros días comencé á respirar el aire envenenado de esa atmósfera de corrupción y engaño, de ambiciones y caídas, de hipocresía y crímenes en que se revuelve la mayor parte de los desdichados habitantes de la capital de España.

Mi padre huyó á las filas de don Carlos, donde le señalaban un puesto sus antecedentes políticos: á los pocos meses, recibió mi madre la noticia de la muerte de su esposo, acaecida en la sangrienta batalla de Huesca.

Nada pudo templar el dolor acerbo que destrozó su alma.

Adoraba á su esposo y ni siquiera quiso guardarse para su hija: en breves días le siguió al sepulcro, repitiendo hasta el último suspiro el nombre de su amado; pero me abandonaba á mí, pedazo de sus entrañas, huérfana, pobre, desvalida...

¡Cuánto he padecido desde entonces!...

Un pariente de mi padre amparó mi orfandad y me condujo á su casa, al lado de su esposa y de su hija, joven de veinte y cuatro años, fea, pero rica.

Aquella familia me cobijó bajo su techo, me dió el pan de su mesa, cubrió mi desnudez... pero yo no podía vivir tranquila donde se me negaba el cariño, donde se injuriaba todos los días la memoria de mis padres, donde se me arrojaba al rostro á cada instante el pan de la limosna.

¡Hé aquí la causa primera de mis desventuras!

¡Dios les bendiga, como yo los perdono!...

De esta suerte llegué á cumplir diez y siete años.

Cierta noche se le antojó á la esposa de mi tutor llevarme á un baile de máscaras, sin duda para que eclipsara

mable que alimenta y sostiene la resignación del mártir.

Al penetrar en la boardilla se arrojaron las dos niñas sobre el lecho de su madre, balbuceando apenas trémulas de alegría:

—¡Mamá!...

—¡Mamá mía!...

—¡Un médico!...

—¡Te traemos un médico!...

—Movié la enferma lentamente la cabeza para saludarme con dignidad inesperada.

Era rubia, como las dos niñas, de grandes ojos azules, de elevada frente, de mejillas pálidas, de cabellos escasos, pero finísimos.

Apoyaba sus sienes en el revés de una mano pequeña y trasparente, entreteniéndose en deshilar con la otra el fleco del raído pañuelo que ceñía su garganta.

—Señora, dije con respetuoso acento, sin adelantar un paso; si en algo pudiese ser útil, me creeré recompensado sobradamente con la satisfacción de prestar un servicio á quien sin duda no merece tantas desgracias.

Clavó en mí sus ojos con una mirada dolorosa y dulce, dióme gracias con finura encantadora, y señalándome una de las sillas rotas que figuraban en aquel albergue de la miseria, me contestó con voz incierta:

—Siéntese usted, caballero. Perdóneme si me atrevo á recibirle...

Y mostrándome á las dos lindas gemelas, que se habían escondido en el rincón mas apartado de la boardilla, para devorar el amargo pan de la limosna, añadió con voz ahogada:

—¡Por mis hijas!... ¡Por mis hijas, caballero!...

Y comenzó á llorar amargamente.

Yo no sé por qué, aquella mujer me subyugaba. Pensamientos tan puros, espresados con delicadeza tanta, me convencieron de que estaba delante de una mujer desgraciada, pero de inteligencia y educación nada vulgares.

Le prodigué mis consuelos; dejé caer, gota á gota, en su corazón desgarrado el bálsamo benéfico de la esperanza; dile pruebas de esa misteriosa simpatía, con que la desventura encadena á aquellos hombres en cuyo corazón no se ha secado aun el sagrado rocío de las lágrimas, y me atreví á ofrecerle una amistad sincera, fundada en un respeto ilimitado.

—Gracias, caballero, gracias... me dijo con emoción profunda. ¡Si usted supiera cuánto bien me hacen esas palabras... Doce años há que vivo en la soledad mas triste, sin que nadie, hasta ahora, se haya compadecido de mis dolores. Doce años há que pesa sobre mi frente de réprobo el desprecio del mundo, la maldición de mis padres, el abandono del hombre que me ha arrastrado al delirio, á la perdición, á la desgracia... —Me está usted contando una historia terrible.

—¡Oh!... ¡Muy terrible!... Sea este el premio de las generosas ofertas con que usted me ha distinguido.

—Gracias, señora: la escucho con el interés inmenso que me inspira su aciaga suerte.

Estaba conseguido mi objeto.

La bella enferma se enjugó los ojos y con voz temblorosa y apagada, bosquejó la historia de su vida en los siguientes términos:

—Me llamo Rosa.

Perdóneme usted si le oculto el apellido ilustre de mis padres.

En la infausta época de mi nacimiento, conspiraba el autor de mis días para colocar la corona en las sienes del hermano del monarca, intentando desheredar á la augusta niña que se mecía entonces en la cuna de la inocencia.

Observe usted, caballero, que desde mis primeros días comencé á respirar el aire envenenado de esa atmósfera de corrupción y engaño, de ambiciones y caídas, de hipocresía y crímenes en que se revuelve la mayor parte de los desdichados habitantes de la capital de España.

Mi padre huyó á las filas de don Carlos, donde le señalaban un puesto sus antecedentes políticos: á los pocos meses, recibió mi madre la noticia de la muerte de su esposo, acaecida en la sangrienta batalla de Huesca.

Nada pudo templar el dolor acerbo que destrozó su alma.

Adoraba á su esposo y ni siquiera quiso guardarse para su hija: en breves días le siguió al sepulcro, repitiendo hasta el último suspiro el nombre de su amado; pero me abandonaba á mí, pedazo de sus entrañas, huérfana, pobre, desvalida...

¡Cuánto he padecido desde entonces!...

Un pariente de mi padre amparó mi orfandad y me condujo á su casa, al lado de su esposa y de su hija, joven de veinte y cuatro años, fea, pero rica.

Aquella familia me cobijó bajo su techo, me dió el pan de su mesa, cubrió mi desnudez... pero yo no podía vivir tranquila donde se me negaba el cariño, donde se injuriaba todos los días la memoria de mis padres, donde se me arrojaba al rostro á cada instante el pan de la limosna.

¡Hé aquí la causa primera de mis desventuras!

¡Dios les bendiga, como yo los perdono!...

De esta suerte llegué á cumplir diez y siete años.

Cierta noche se le antojó á la esposa de mi tutor llevarme á un baile de máscaras, sin duda para que eclipsara

mable que alimenta y sostiene la resignación del mártir.

Al penetrar en la boardilla se arrojaron las dos niñas sobre el lecho de su madre, balbuceando apenas trémulas de alegría:

—¡Mamá!...

—¡Mamá mía!...

—¡Un médico!...

—¡Te traemos un médico!...

—Movié la enferma lentamente la cabeza para saludarme con dignidad inesperada.

Era rubia, como las dos niñas, de grandes ojos azules, de elevada frente, de mejillas pálidas, de cabellos escasos, pero finísimos.

Apoyaba sus sienes en el revés de una mano pequeña y trasparente, entreteniéndose en deshilar con la otra el fleco del raído pañuelo que ceñía su garganta.

—Señora, dije con respetuoso acento, sin adelantar un paso; si en algo pudiese ser útil, me creeré recompensado sobradamente con la satisfacción de prestar un servicio á quien sin duda no merece tantas desgracias.

Clavó en mí sus ojos con una mirada dolorosa y dulce, dióme gracias con finura encantadora, y señalándome una de las sillas rotas que figuraban en aquel albergue de la miseria, me contestó con voz incierta:

—Siéntese usted, caballero. Perdóneme si me atrevo á recibirle...

Y mostrándome á las dos lindas gemelas, que se habían escondido en el rincón mas apartado de la boardilla, para devorar el amargo pan de la limosna, añadió con voz ahogada:

—¡Por mis hijas!... ¡Por mis hijas, caballero!...

Y comenzó á llorar amargamente.

Yo no sé por qué, aquella mujer me subyugaba. Pensamientos tan puros, espresados con delicadeza tanta, me convencieron de que estaba delante de una mujer desgraciada, pero de inteligencia y educación nada vulgares.

Le prodigué mis consuelos; dejé caer, gota á gota, en su corazón desgarrado el bálsamo benéfico de la esperanza; dile pruebas de esa misteriosa simpatía, con que la desventura encadena á aquellos hombres en cuyo corazón no se ha secado aun el sagrado rocío de las lágrimas, y me atreví á ofrecerle una amistad sincera, fundada en un respeto ilimitado.

—Gracias, caballero, gracias... me dijo con emoción profunda. ¡Si usted supiera cuánto bien me hacen esas palabras... Doce años há que vivo en la soledad mas triste, sin que nadie, hasta ahora, se haya compadecido de mis dolores. Doce años há que pesa sobre mi frente de réprobo el desprecio del mundo, la maldición de mis padres, el abandono del hombre que me ha arrastrado al delirio, á la perdición, á la desgracia... —Me está usted contando una historia terrible.

—¡Oh!... ¡Muy terrible!... Sea este el premio de las generosas ofertas con que usted me ha distinguido.

—Gracias, señora: la escucho con el interés inmenso que me inspira su aciaga suerte.

Estaba conseguido mi objeto.

La bella enferma se enjugó los ojos y con voz temblorosa y apagada, bosquejó la historia de su vida en los siguientes términos:

—Me llamo Rosa.

Perdóneme usted si le oculto el apellido ilustre de mis padres.

En la infausta época de mi nacimiento, conspiraba el autor de mis días para colocar la corona en las sienes del hermano del monarca, intentando desheredar á la augusta niña que se mecía entonces en la cuna de la inocencia.

Observe usted, caballero, que desde mis primeros días comencé á respirar el aire envenenado de esa atmósfera de corrupción y engaño, de ambiciones y caídas, de hipocresía y crímenes en que se revuelve la mayor parte de los desdichados habitantes de la capital de España.

Mi padre huyó á las filas de don Carlos, donde le señalaban un puesto sus antecedentes políticos: á los pocos meses, recibió mi madre la noticia de la muerte de su esposo, acaecida en la sangrienta batalla de Huesca.

Nada pudo templar el dolor acerbo que destrozó su alma.

Adoraba á su esposo y ni siquiera quiso guardarse para su hija: en breves días le siguió al sepulcro, repitiendo hasta el último suspiro el nombre de su amado; pero me abandonaba á mí, pedazo de sus entrañas, huérfana, pobre, desvalida...

¡Cuánto he padecido desde entonces!...

Un pariente de mi padre amparó mi orfandad y me condujo á su casa, al lado de su esposa y de su hija, joven de veinte y cuatro años, fea, pero rica.

Aquella familia me cobijó bajo su techo, me dió el pan de su mesa, cubrió mi desnudez... pero yo no podía vivir tranquila donde se me negaba el cariño, donde se injuriaba todos los días la memoria de mis padres, donde se me arrojaba al rostro á cada instante el pan de la limosna.

¡Hé aquí la causa primera de mis desventuras!

¡Dios les bendiga, como yo los perdono!...

De esta suerte llegué á cumplir diez y siete años.

Cierta noche se le antojó á la esposa de mi tutor llevarme á un baile de máscaras, sin duda para que eclipsara



POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.—DESCUBRIMIENTO DE PANES COCIDOS HACE 1800 AÑOS EN EL HORNO DE UN PANADERO.

saran mi modesto porte las galanas preesas y deslumbrantes joyas de su hija.

Desde los primeros momentos observé que me miraba con interés marcado un joven de gallarda apostura, que me hizo el obsequio de sacarme al salon repetidas veces.

Me dijo que se llamaba Eduardo, que pertenecía á una familia distinguida y que solo esperaba la llegada de sus padres, para recibir el grado de doctor en jurisprudencia.

Aquella noche no pude dormir: la imágen de Eduardo se habia clavado en mi mente, sus palabras suaves resonaban aun en mis oidos y un mundo de ilusiones de oro y ensueños de dicha, se dibujaba en mi ardiente fantasía.

Al día siguiente, cuando la familia descansaba todavía, abrí el balcon de mi aposento, para refrescar mis abrasadas sienes con el aire puro de la mañana y apenas tuve tiempo para fijar la vista en mi apuesto compañero de baile, que se paseaba por la acera de en frente, debajo de mis persianas.

Ví perderse una sonrisa de triunfo en los labios de Eduardo, comprimí un grito y caí desmayada.

El delirio vendió mi secreto: cuando recobré el sentido, me preguntó mi prima, con aire de proteccion orgullosa, por aquel Eduardo que ocupaba mis pensamientos desde la noche precedente.

Amaba á Eduardo y Eduardo me amaba: no podia dudarlo.

¡Cuán feliz era yo, ávida de emociones, con aquel cariño purísimo que daba alimento á mi alma hambrienta, calor y vida á mi pecho aletargado, animacion y forma á mis visiones de ventura!...

Todos los días veía á Eduardo, pero pasaron muchos sin que pudiéramos hablarnos, merced á la esquisita vigilancia con que me perseguía mi prima.

Esto, para mi alma enamorada, era un martirio de punzadores tormentos.

Sin embargo, cierto día, víspera de fiesta, encontré en el balcon un lacónico billete, que me anunciaba una sorpresa para la noche del siguiente día.

Aquel billete era de Eduardo: yo no conocia su letra, pero lo decia á voz en grito la inquietud de mi espíritu.

¿Cuál sería la sorpresa que me preparaba mi amante?

Por una de esas inexplicables contradicciones que se observan muy á menudo en el corazon humano, temia y deseaba al mismo tiempo el amanecer del día señalado por la misteriosa misiva.

Cada hora, cada minuto, cada segundo, se llevaba con mi aliento cien y cien suspiros de temor y de esperanza.

Ese día llegó bien pronto: mi tío salió temprano, su esposa é hija se fueron por la noche, como tenian de costumbre, á una de esas reuniones que ellas se complacian en llamar *de confianza*, y á mí me dejaron sola, con una vieja criada que se dormia profundamente al anunciarse el crepúsculo.

A los pocos momentos, advertí que se abria la puerta de mi gabinete...

Eduardo estaba allí, delante de mis ojos, en mi mismo aposento, pálido, jadeante, azorado...

Al verle, di un grito.

—¡Eduardo!... dije, ¡Eduardo!...

—Ven, Rosa, ven...

—¡Jamás!

—¡Dios mio!... Pero yo te amo...

—¡Ah!... Yo te adoro...

—Te niegas á ser mia... mi esposa, mi dulce esposa...

—¡Tuya!... ¡Siempre tuya!...

—Ven, Rosa; ven, amor mio...

—Eduardo, mi honra...

—¡Ingrata!... Tu honra es la mia...

—¡Júralo!...

—Lo juro... ¡Por mi amor!... ¡Por la virtud de mi madre! ¡Por la gloria de tus padres!

—¡Eduardo! ¡Eduardo mio!...

—Ven, luz de mis ojos, aliento de mi vida, alma de mi alma... ¡Ven! No vuelvas á comer el pan empapado en lágrimas, no vuelvas á humillar tu frente con el peso de las injurias, no vuelvas á bajar tus ojos, ante la mirada insolente de tu prima... Ven, que yo te amo, y la vida del amor es mas dulce que las delicias del paraíso.

Y así diciendo, me condujo casi en sus brazos hasta el final de la escalera, me metió en una berlina de plaza que nos esperaba delante de la puerta y metiéndose despues él mismo, gritó al cochero con acento de triunfo:

—¡Calle de Atocha!... ¡Vivo!...

El coche partió, y abandoné para siempre la morada de mis tíos.

Fuí criminal, caballero, lo confieso; debia haber sufrido con resignacion estóica los injuriosos desdenes de aquella familia, que me habia recogido en mi desamparo.

No obstante, despues he sabido que me consideraba como una carga muy superior á sus fuerzas: ni siquiera se dignó buscarme.

Aquella noche la pasé en casa de Eduardo... Al día siguiente, me avergonzaba de mí misma...

Pero el amor que aparentaba el joven era tan grande, tan dulces las horas que pasábamos juntos, que yo, pobre huérfana abandonada en la desgracia, olvidé mi falta y llegué á considerar como una dicha mi deshonra...

¡Pasaron pronto los días de delirio!...

Al principio, creí notar en Eduardo una distraccion profunda, cuyo origen no me atrevia á analizar enteramente, despues advertí desvio, indiferencia luego, abandono mas tarde...

Cierto día, anegada en lágrimas, cogí las manos de Eduardo, y le pregunté de repente:

—¿En qué piensas?

—En marcharme.

—¡Marcharte!... ¿A dónde? ¿Y yo?...

—Tú... ¡Tú verás!... me contestó con una calma espantosa. Yo me sentí morir... Mi dicha se escapaba...

Arrastré al ingrato hasta el último rincón del aposento, acerqué mis labios á su oído y le dije con voz imperceptible:

—Me abandonas... y llevo en mi seno una prenda de nuestro cariño... ¡Amame, por el amor de tu hijo!...

El pérfido prorumpió en una carcajada satánica.

—¡Eres un malvado!... le dije, apartándome para siempre de sus brazos: huí veloz de la casa de aquel hombre cobarde, que habia quebrantado sus juramentos, corrompido mi inocencia, violado mi honra, atraído sobre mi cabeza la maldicion de mis virtuosos padres...

Aquí tiene usted, caballero, la historia de mi triste vida.

A los pocos meses, dí á luz esos dos ángeles, Juana y Lucía, que, en medio de todo, son el consuelo de mis pesares.

Hasta ahora, el trabajo de mis manos nos ha proporcionado el sustento: hoy, empero, que me encuentro enferma, pido amparo á la caridad cristiana.

Cuando acabó de hablar, apenas tuvo fuerzas para derramar nuevas lágrimas.

Respeté aquel dolor profundo, dí un beso á las niñas, que dormian ya con el tranquilo sueño de la inocencia, socorrí, como pude, la necesidad urgente de la desventurada Rosa, y me despedí hasta el día siguiente.

Todos los días voy á verlas y muchos amigos míos las protegen: uno costea la educacion de Juanita, dos amables señoras se han encargado del porvenir de la hermosa Lucía y nada tampoco le falta á la desdichada Rosa.

¡Dios les bendiga!
Tal es, amigo mio, la historia que te he prometido: me harás un obsequio si la das al público para escarmiento de incautas y vergüenza de malvados.

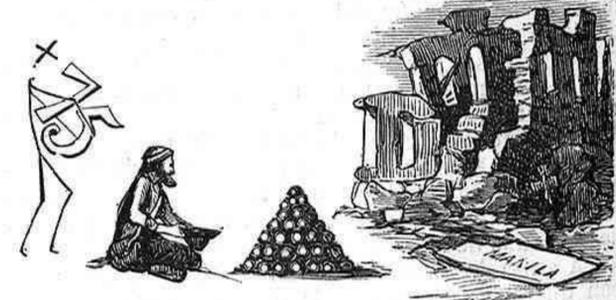
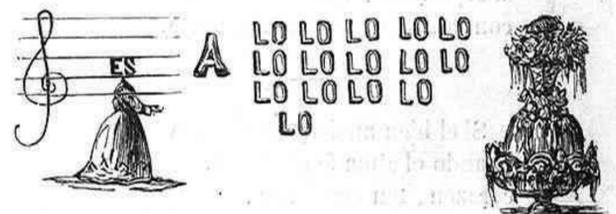
Así dijo mi amigo.
A los pocos días tuve el gusto de conocer por mí mismo á las heroínas de este interesante drama.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

GEROGLÍFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Los toros hacen el capital del Hospital General.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINGIPE, 4.

La mujer es el verdadero fuente de flores perseguidas; mas esta...